



Revista Chilena de Neuropsiquiatría

ISSN: 0034-7388

directorio@sonepsyn.cl

Sociedad de Neurología, Psiquiatría y
Neurocirugía de Chile
Chile

JADRESIC M., ENRIQUE

Idea médica de la persona. La persona ética como fundamento de las antropologías médica y de la
convivencia humana

Revista Chilena de Neuropsiquiatría, vol. 44, núm. 2, abril-junio, 2006, pp. 149-152

Sociedad de Neurología, Psiquiatría y Neurocirugía de Chile

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=331527701008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Idea médica de la persona. La persona ética como fundamento de las antropologías médica y de la convivencia humana

Autor: Fernando Oyarzún Peña
Editorial: LOM Ediciones
Santiago, 2005, 136 páginas

En un fascinante ensayo sobre el sentido del tacto, Gabriel Josipovici, uno de los escritores británicos contemporáneos más importantes, sostiene que si dependemos únicamente de la mirada -que parece ofrecernos un dominio sin fricciones sobre la realidad-, es posible que evitemos algunos dolores e incertidumbres de la vida, pero perderemos la vida misma, su compromiso y su goce. Quizás seremos observadores, pero no participaremos.

La lectura de este nuevo libro de Fernando Oyarzún nos hizo evocar los lúcidos e imaginativos planteamientos de este profesor de la Universidad de Sussex, quien contrasta los sentidos de la vista y del tacto y advierte que si bien la vista parece entregarnos la totalidad de lo que contemplamos, sólo cuando caminamos o sentimos comienzan las cosas a ser más que imágenes y a constituir el mundo donde -como “personas que tocamos” y no meros observadores- estamos inmersos.

Coincidimos con Rafael Parada, también Maestro de la Psiquiatría Chilena como Oyarzún, cuando en el prólogo afirma que la mirada antropológica que apasionadamente propone el autor se deja aprehender en el texto de manera clara, fina y, subrayamos, “experienciada”. Para los médicos clínicos, que hacemos del vínculo

interpersonal directo nuestro principal modo de intervención profesional, la lectura de tan sólo unas pocas páginas permite colegir rápidamente que la orientación médico-antropológica desarrollada por Oyarzún se basa en un acercamiento al ser humano que trasciende la mirada, denota una actitud alerta de los sentidos, incluye vivencias y reflexiones personales profundas y deviene en perspicaz teoría. Oyarzún no sólo conoce bien de lo que está hablando, porque lo ha vivido, sino también logra comunicarlo, hacernos partícipes, protagonistas en cierto modo, de lo que sucede en el encuentro interpersonal. Se podría decir que el libro es cálido, cercano, como -para los que lo conocemos- sabemos que es él. Siendo la experiencia clínica y docente el punto de partida, la realidad “dada” como él la llama, constatamos enseguida que en el proceso intelectual que da origen al libro, la teoría resulta corolario natural de lo tratado, las ideas se sustentan en los hechos y no a la inversa. Ello contribuye a hacer del texto una propuesta persuasiva.

Una y otra vez, las reflexiones que hace el autor despiertan en el lector médico el recuerdo de encuentros significativos con pacientes o suscitan reflexiones propias, la mayoría de las veces en la línea de refrendar lo propuesto por el autor. De este modo, cuando Oyarzún se refiere a la relación médico-paciente, o más precisamente paciente-médico-, asociamos de inmediato dicha relación a la imagen de un santuario, algo sagrado e inviolable. A su vez, cuando Oyarzún sostiene que la relación corporeizada con uno mismo (que se da, por ejemplo, en el entrelazamiento de las manos) carece de la distancia necesaria que se produce en la situación bipersonal y no conduce a una suficiente “concienciación personal”, como sí lo hace “la relación satisfactoria del uno con el otro personal en el cara a cara, en el abrazo, en el darse las manos”, nos viene a la memoria una paciente, cuyo caso deseamos citar. Se trataba de una profesional destacada pero muy sola, quien señalaba haber encontrado consuelo a uno de sus padecimientos, que consistía en que nadie la tocaba -una suerte de “enfermedad de la distancia”

podríamos decir-, luego de conseguir que un otro, en este caso un especialista, le hiciera masajes todas las semanas. La necesidad de ser tocado, ¡que duda cabe!, aunque por obvia suele ser ignorada, denota la necesidad más profunda de lo que -siguiendo a Oyarzún- podríamos denominar la necesidad de configurarse como persona bipersonal, necesidad humana fundamental.

Como este, se podrían citar muchos ejemplos. Los médicos podemos dar fe de que Oyarzún habla de realidades concretas, verificables para el que hace clínica y, en especial, para el psicoterapeuta. Así, nos interpreta su idea de que a menudo el acto médico se traduce en un enriquecimiento del paciente como persona, a la vez que en un proceso similar de personalización del médico. Es a lo que frecuentemente aludimos con nuestros pacientes cuando coincidimos, después de superada una situación de crisis, que ambos nos encontramos, en sentido metafórico, “un pedazo más alto”. Oyarzún, en forma elocuente, alude a una personalización recíproca, a una relación mutuamente configuradora.

La segunda parte del libro enfatiza, con acierto, el carácter de vivencia, y no mera señal de disfunción, del padecimiento humano. Valora tanto los determinantes biológicos como biográficos de la enfermedad e indaga, asimismo, en el profundo sentido personal del sufrimiento. En forma didáctica, recorre las distintas fisonomías que adquiere el enfermar, o el fenómeno de la despersonalización, según se trate de pacientes de la medicina general, enfermos psicosomáticos, neuróticos, psicopáticos, esquizofrénicos o depresivos. Se abarcan, con finura clínica, las distintas modalidades clínicas de alteración personal cuyo común denominador sería, según lo plantea el autor, el carecer -a diferencia de lo que sucede en el sujeto sano- de una armónica integración de múltiples bipolaridades. También se aportan ejemplos clínicos concretos que proporcionan, como antes se ha dicho, fundamento empírico a las ideas propuestas.

La tercera parte del libro da cuenta de cómo la orientación médico-antropológica puede ilu-

minar temas de interés cultural general. Oyarzún afirma que el exagerado individualismo y predominio de las posturas utilitaristas de la época actual pareciera debilitar la conciencia ética del otro como persona. Y agrega que contribuyen a ello, en forma importante, la degradación del lenguaje y las deterioradas formas de trato, a lo que cabría añadir, probablemente, la utilización creciente de formas perversas de publicidad. Asimismo, el autor advierte sobre la progresiva pérdida del sentido estético, que también conlleva riesgos para la convivencia contemporánea, toda vez que -aquí Oyarzún cita al filósofo del arte Walter Benjamin- “lo estético es el resplandor de lo ético”. De ahí el llamado al fortalecimiento de los valores humanos fundamentales, coincidiendo en ello con los que sostienen que las humanidades son necesarias en tiempos de crisis.

En la cuarta parte del libro se resume un trabajo de investigación clínico-fenomenológico, de orientación antropológica, desarrollado por el autor y cuatro médicos jóvenes en formación. Entre los hallazgos principales cabe destacar cómo la presencia expresiva del consultante, con sus componentes verbales como no verbales, induce una modificación expresiva en el médico la cual, a su vez, retroalimenta al paciente. Oyarzún habla de una dialéctica personalizadora, de una recíproca transfiguración, la cual, en la medida que nos relacionamos con otros, opera dinámicamente durante toda la vida. Esta transfiguración recíproca incluye dos niveles: por una parte los citados cambios expresivos y, en el plano subjetivo e íntimo, modificaciones correlativas de la conciencia personal que lo convocan a uno a responder adecuadamente, constituyéndolo así en un ser personal, en esencia ético.

De la misma manera que -como señalábamos al inicio-, el sentido de la vista parece entregarnos la totalidad de lo que contemplamos, aunque en verdad no nos permita dimensionar a cabalidad lo real, el puro conocimiento racional de nuestros pacientes puede parecer suficiente cuando en realidad no lo es. En relación con esto, Oyarzún argumenta que los fenómenos se desen-

vuelven, no regidos por causalismos lineales simples, mecanicistas, sino por complejas interacciones dialécticas. Invita, por lo tanto, a un modo de pensar que incluya al todo personal del enfermo, como él dice, “dirigido al símbolo, no al signo”. Citamos sus propias palabras: “se trata de un modo de pensar dirigido al símbolo, no al signo, siendo el símbolo una forma (estructura) significativa que a la vez revela y oculta; es y no es; es decir, es una realidad significativa viva, corporeizada, dinámica, de modo que la respuesta fenomenológica y el modo de pensar deben ser asimismo vividos, corporeizados, no meramente razonados”.

La quinta parte del libro está destinada a tratar el tema de la vocación médica y docente, tópicos no abordados en los libros anteriores del autor. Al respecto, la idea central de que en los actos médico y docente se verifica un ser para otros (paciente y estudiante), lo cual es en esencia ético, se hace eco de la actual revalorización de las humanidades y la ética en la educación médica. Lamentablemente, haciendo excepción de algunos ámbitos específicos, en general no se aprecia en el entorno sociocultural actual, más interesado en el producir que en la persona, una preocupación genuina por estos asuntos. Se escucha a menudo que la formación de personas, futuros profesionales, debe prevalecer sobre la entrega de información (cuya importancia es indudable), pero, en la práctica, esto se da rara vez. Además, como señala Oyarzún, la influencia de los factores económicos, tanto en la enseñanza como en la práctica profesional, pareciera seguir siendo desmedida.

En esta parte del libro se agregan, en un acápite separado, algunos alcances autobiográficos que ilustran cómo la indiscutida vocación humanística del Profesor Oyarzún se vincula al “influjo personalizador” de diversos maestros, entre los que sobresalen, por cierto, el filósofo Jorge Millas, y el Profesor de Psiquiatría Ignacio Matte-Blanco. El texto devela que fue la interacción con este último el germen que despertó en Oyarzún el interés por la relación

interhumana. A su vez, el libro refleja la positiva resonancia que la persona del autor ha tenido en sus discípulos, de lo cual damos fe porque, desde la época en que estuvimos a cargo de varias actividades académicas de postgrado en la Universidad de Chile, hemos podido atestiguar el enorme cariño y la alta valoración que sus alumnos siempre han concedido a su persona y su labor docente.

En la sexta parte del libro, se resumen ideas elaboradas antes in extenso en otras publicaciones del autor. Una de ellas es el valor, como se lo ha demostrado por años a generaciones de estudiantes, que tiene la relación humana primaria, previa al desarrollo de ideas y conceptos, anterior, más amplia y más básica que la relación racional operativa. Sería ella, sostiene, la que origina una adecuada forma de trato al paciente, un sintónico encuentro, siendo base de una comprensión empática. Con todo, no desdeña la relación racional operativa, argumentando, por el contrario, que las dos formas de relación descrita deberían integrarse armoniosamente.

La última parte del libro propone que la idea de la persona ética facilita el logro de una humanización no sólo en la práctica médica sino también en toda relación entre personas. Las ideas que hemos visto se proyectan al campo amplio y complejo de la convivencia humana. En esta perspectiva, todo encuentro interpersonal es “momento de personalización de las partes comprometidas”. Sucede en los encuentros hijo-padre (o madre), estudiante-profesor, de amistad, amoroso-sexual, etc, todos los cuales se encarnan en una expresividad comunicativa concreta.

Ahora bien, en este contexto, y retomando la idea de lo insuficiente, parcial y precario del conocimiento sustentado en un solo sentido -hacíamos mención específicamente a la mirada- Oyarzún concede importancia a la necesidad de escuchar la voz humana. Según él, y por cierto no podemos no estar de acuerdo, lo vivo, corporeizado y singular del otro está también presente en las tonalidades de voz. Agrega, “la palabra disociada del componente expresivo

fisiognómico-mímico, incluido el tono de voz, sustantiviza, sustancializa, abstrae y reduce; en suma, impersonaliza”.

En fin, se podría decir tanto acerca de este libro. Empero, nos parece que lo más importante

es que, junto con sugerirnos imágenes y ofrecer-nos el placer de su lectura, nos invita, convincentemente, a vivir con intensidad el encuentro interhumano, tal vez lo más valioso de la vida misma.

Dr. ENRIQUE JADRESIC M.
PAST PRESIDENT
SOCIEDAD DE NEUROLOGÍA, PSIQUIATRÍA Y
NEUROCIRUGÍA DE CHILE